

ACTAS DEL SÉPTIMO CONGRESO INTERNACIONAL DE INVESTIGACIÓN EN PSICOLOGÍA
ISBN 978-950-34-1863-5 | LA PLATA, DICIEMBRE DE 2019

EL NIÑO “RATA”

A PROPÓSITO DE UN CASO DE NEUROSIS OBSESIVO EN LA INFANCIA

THE KID “RAT”

ABOUT A CASE OF OBSESSIVE NEUROSIS IN CHILDHOOD

Selva Hurtado

Julieta Renard

julietarenard@hotmail.com

Laboratorio de Psicopatología y Psicoanálisis
Facultad de Psicología
Universidad Nacional de La Plata, Argentina

Introducción y marco general

El presente trabajo se propone examinar, dentro del amplio campo de las constelaciones clínicas neuróticas, una variante problemática: la neurosis obsesiva en la infancia. Cuando en 1909 Freud incorpora la fobia de Juanito al grupo de las psiconeurosis, la histeria de angustia se convierte en la neurosis de la época infantil por excelencia, dejando en las sombras a otras presentaciones de los primeros años de la vida. Por entonces, este paso significó la aplicación del esquema del síntoma en dos tiempos –magníficamente planteado para la histeria en la adultez–, a la zoofobia de un niño de cuatro años y medio. No obstante, dicha extensión del *après-coup* a los síntomas de la infancia, cuando aún no se ha producido el segundo empuje pulsional, acarrea dificultades para pensar su función, que afectan al conjunto de las tempranas exteriorizaciones neuróticas.

Así se evidencia en la escueta lectura que Freud hace de los fenómenos neuróticos de la niñez del Hombre de las Ratas y los de Dora. Respecto del primero, sorprende que el padre del psicoanálisis afirme que se trata de “una neurosis (...) completa a la que no le falta ningún elemento esencial” (Freud, 1909, p. 130). En cuanto a la segunda, no duda en incluir dentro de la histeria a síntomas infantiles como la disnea de los ocho años, la cual sin embargo, se vincula solo con la escena primaria. Se abre así el interrogante sobre cómo pensar una neurosis de pleno derecho sin “la acometida en dos tiempos del desarrollo sexual, [que condiciona] la proclividad a la neurosis” (Freud, 1905, p. 214). Interrogante que invita a reflexionar sobre las particularidades de la neurosis en la infancia en lo que atañe a la estructura y función del síntoma. En tal sentido, resulta interesante la perspectiva planteada por Eric Laurent en su texto “Hay un fin de análisis para los niños” (Laurent, 1999) donde, con el auxilio de la denominada clínica intermedia de Lacan, sostiene que es posible el diagnóstico de histeria infantil cuando se detectan, en esa época de la vida, índices de la elección decidida del sujeto por el lado de la insatisfacción del deseo del Otro, aunque el uso de la elección de goce en el fantasma quede por verificarse. Esta hipótesis puede hacerse extensiva a la neurosis obsesiva, si se tiene en cuenta el matiz distintivo que caracteriza su deseo: la prohibición.

La exploración de estos problemas teórico-clínicos se llevará a cabo con el auxilio de un material clínico sobre el breve itinerario bajo transferencia de un niño en quien se verifica el germen de una estrategia deseante signada por la imposibilidad.

El motivo de consulta: la inhibición, el síntoma y la angustia de Juan

Juan es un pequeño de nueve años de edad, que asiste a la consulta *motu proprio*. El motivo inicial era un sentimiento de tristeza profunda, de larga data,

que se había agudizado en el último tiempo. La pareja parental, manifiesta que Juan fue un niño normal hasta la edad de cuatro años, momento en el que nace su hermano. Desde entonces, los padres notaron un empobrecimiento de la actividad lúdica acompañado de un aislamiento respecto de sus pares. Este es un tema que preocupa sobremanera al padre: Juan solamente juega con sus primas, a juegos de niñas, evita por todos los medios ensuciarse y el desorden le resulta insoportable. Poco tiempo antes de la llegada de su hermano, Juan había recibido una indicación de su abuela: era necesario lavarse las manos varias veces al día para evitar enfermarse, ya que la suciedad trae bacterias y virus. A partir de aquella directiva, el niño comenzó una investigación, de carácter compulsivo, acerca de las enfermedades, de la cual surgieron sus comportamientos inhibitorios. Por todo ello, el padre del niño cree y teme que sea un *maricón* y lo obliga a ir a fútbol.

La presentación sintomática de Juan le trae como beneficio secundario un excelente desempeño escolar: él es un “niño diez”, extremadamente aplicado, que gusta de la actividad intelectual y suele hacer sus propias investigaciones sobre enfermedades y fenómenos paranormales. Por esto, es amado por su madre, elogiado por sus maestras y odiado por sus compañeros.

El niño asiste muy acongojado a la primera sesión: había buscado lo que le sucedía en internet, encontró que *tenía depresión* y que la solución era un psicólogo. Este encuentro estuvo marcado por un relato pormenorizado de sus penurias: sufre porque en la escuela se ha ganado el apodo de “niño rata” por el juego al que es aficionado; muchos han olvidado su nombre y solo lo llaman de esa manera. También sufre por un temor a la muerte, engendrado en el sinfín de enfermedades que encontró en sus investigaciones. Y, por último, refiere su padecer por la incomprensión de su padre: obligado a ir a fútbol, sufre constantemente la suciedad y el contacto físico.

También pesa sobre sus hombros el mandato de que tiene que hacer cosas de hombres para no ser un maricón. A él le encantaría jugar al hockey, ya que con el uso del palo tendría resuelta su dificultad para el contacto, pero su padre ha señalado que es un deporte de mujeres. Juan afirma que sus problemas comenzaron con la llegada de su hermanito: este pequeño es un ser “sucio, ruidoso, desordenado”, con quien es obligado a compartir la habitación y con quien los hombres de la familia lo suelen comparar.

En el encuentro siguiente, la angustia era tal que le impedía poner en palabras su malestar. Se le sugiere que dibuje, si le resulta más sencillo, aquello que lo aqueja tanto. Juan realiza una producción gráfica muy particular, en la que cada parte está dividida: por un lado, en el mismo cielo se encuentra el día y la noche. La tierra, dibujada por parcelas que se distinguen según los colores y que representan diversas sensaciones –como el rojo para el amor, el azul para la tristeza, el negro para el miedo, el verde para la amistad y el marrón para *la caca*–. Ante la pregunta de por qué *la caca* también está representada allí, responde informando sus dificultades para ir de cuerpo y los dolores que esto le trae. Aun así, lo más llamativo del dibujo es otra cosa: el niño se representa a sí mismo con una tumba a cada lado, el cuerpo mitad rojo y mitad azul, la cara con una media sonrisa y una media expresión de tristeza, y una persona pequeña sobre su hombro. Según explica, las tumbas aluden a su temor a la muerte, y la persona pequeña sobre su hombro a esas preguntas que aparecen sin cesar acerca de ella. “¿Voy a morir? ¿La muerte duele? ¿Dónde se va después de la muerte? ¿Existen los muertos vivos? ¿Cómo sé si no soy uno de ellos?”. La muerte aparece también como lo que le impediría realizar su sueño de ser un científico. Se le dice que son preguntas que nunca se podrá responder con certeza y de forma satisfactoria, pero que tal vez podremos trabajar juntos para que no se le vuelvan tan tormentosas. Esto parece tranquilizarlo y, por primera vez, se observa en él un gesto de alivio.

A la sesión siguiente asiste con una sonrisa en el rostro. Al señalárselo, cambia a una expresión triste, algo sobreactuada. Dice que se ha vuelto un tonto, desaprobó dos exámenes. Juan recibió el castigo severo de sus padres: tuvo que transcribir toda la carpeta de matemáticas y lengua de nuevo. La madre lo vigiló toda la tarde anterior para que lo hiciera prolijamente. Él cree que desaprobó porque sus padres ya no le prestaban tanta atención, pero ahora sufre por la severa y extrema mirada. Se le comenta que Einstein, a quien admira, de niño era un mal estudiante y que, como no podía adaptarse a la escuela, lo consideraban estúpido. También se le marca que él siempre quiso saber cosas, más allá de las notas, entonces tal vez desaprobó no era tan importante como aprender. Se tranquiliza, pero aún sigue angustiado.

La necesaria –y accidentada– intervención con la pareja parental

Más allá de ofrecer al niño el espacio de palabra indispensable para que se despliegue la dimensión de sujeto, es importante aclarar que, en este caso, fue imprescindible también una intervención con los padres, destinada a conmover algo de la demanda aplastante que recaía sobre él.

Por un lado, se sostuvieron entrevistas con el progenitor para trabajar sobre aquel significante *maricón* y sobre las exigencias que buscaban adherirlo a una masculinidad ideal. Se intentó hacer que este padre comenzara a registrar el malestar de su hijo, corriéndose del lugar de pura exigencia para alojar la angustia de Juan. Fruto de esto, dio su permiso para que el niño empezara a jugar al hockey.

A su vez, en las entrevistas con la madre se puso énfasis en la necesidad de suspender los castigos severos en torno a los avatares del desempeño escolar de Juan. Se señaló la ausencia de dificultades intelectuales de su hijo. Él no tendría ningún problema para pasar el año escolar, pero sí podría haber un

recrudescimiento de los síntomas si no se toleraban sus “fallas”. Juan buscaba ser amado por sus padres y, hasta ahora, parecía que ese amor se conquistaba a través del cumplimiento de ideales tiranos. Se indicó, también, que se hiciera lugar al deseo expresado por el pequeño en reiteradas ocasiones, de acudir a la biblioteca.

Como veremos, un prematuro aplacamiento de los síntomas, efecto de las intervenciones acaso demasiado directivas, va tener un corolario indeseado: la interrupción anticipada del tratamiento.

El alivio sintomático y la normalización de Juan

La deriva del abordaje tuvo las siguientes particularidades: las entrevistas se fueron dilatando, por las reiteradas inasistencias que la madre trataba de justificar y el niño se encargaba de desmentir –“no me trajo porque se olvidó, no me escucha cuando le digo”–. En el último encuentro, Juan se presenta contento. Pese a que su padre había dado permiso para que jugara al hockey, él ha decidido continuar con fútbol porque ahora es “bueno y hace goles”. También ha vuelto a sacar buenas notas y su temor a los microbios ha disminuido. Así, siendo bueno para el padre y bueno para la madre, Juan abandona el espacio terapéutico.

¿Cómo pensar esta salida apresurada del dispositivo ante el alivio del malestar? La opción por el lado del ideal, se verifica en el esbozo de una hazaña (frente al equipo rival, hace goles para su padre y deja de lado su deseo por jugar al hockey). La misma es refrendada por una conjunción peculiar: “Soy bueno y hago goles”. El desenlace superyoico de la satisfacción en la renuncia pasa entonces a un primer plano, justo cuando se le da el “permiso” de jugar al deporte que le gusta, y opta por permanecer bajo el foco de la mirada paterna.

Por otra parte, la presencia de un síntoma en el cuerpo –el estreñimiento–, cuya articulación en el dispositivo hubiese echado más luz a los dobleces no desbrozados de su temor a la “suciedad”, permaneció intocada en su dimensión de arreglo salvaje entre deseo y goce.

En el despliegue de la transferencia –que no fue ajeno a las dificultades de intervención con la pareja parental– se fue cristalizando un temor obsesivo a la muerte, detrás del cual se ve despuntar la puesta a distancia del deseo que, por la vía de los ideales, hasta el momento parece jugarse en relación con las figuras edípicas. ¿Será ese, quizá, el “organismo elemental” que proporcione “la escala para medir la organización de la enfermedad de [mañana]”? (Freud, 1909: 130). Y entonces, ¿qué responsabilidad y qué margen de maniobra le cabe al analista hoy?

Referencias

Freud, S. (1989) [1905]. Fragmento de análisis de un caso de histeria. En *Obras completas*, Tomo VII. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, 1989.

Freud, S. (1988) [1909]. A propósito de un caso de neurosis obsesiva (el “Hombre de las ratas”). En *Obras Completas*, Tomo X. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Freud, S. (1988) [1909]. Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans). En *Obras Completas*, Tomo X. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Laurent, E. (1999) [1985]. El objeto en el psicoanálisis con niños
(Una histeria infantil). En *Hay un fin de análisis para los niños*. Ciudad
Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Diva.